

DE LA VIOLETA ESTRELLADA Y DE SUS VIRTUDES.

EXTRACTO DEL DISCURSO LEÍDO EN MÉXICO EL DÍA 3 DE JUNIO DE 1798, POR EL CATEDRÁTICO DE BOTÁNICA DON VICENTE CERVANTES.

Entre las muchas utilidades que puede proporcionar al hombre el estudio de la Botánica, no es la menor la que se dirige, en primer lugar, á la conservacion de su salud y á la curacion de sus enfermedades: destituido de auxilios en muchas ocasiones para ocurrir á sus dolencias, halla en el reino vegetal una multitud de remedios heróicos para vencer las indisposiciones más rebeldes, sin necesidad de gastar el tiempo en combinaciones prolijas para prepararlos: la más comun y hollada planta, despreciable tal vez á los ojos del ignorante vulgo, lo libra de un violento accidente, sin más que tomar una ligera infusion ó cocimiento de sus raíces, hojas ó flores, ó alguna parte de su tallo ó fruto; y esto con tan feliz suceso como el que puede producir la más decantada fórmula, dispuesta con mucho trabajo y tiempo en los laboratorios de la Farmacia y de la Química.

Pero este socorro, que halla por casualidad el rústico que aplica el impírico en fuerza de la tradicion, y que el verdadero profesor reforma en virtud de las reglas que le dictan sus conocimientos prácticos, no se encuentra siempre sin riesgo, no se aplica siempre sin peligro, ni se decide la virtud del remedio hallado sin una instruccion sólida de los principios del arte. ¡Cuántas vidas deben sacrificarse ántes de conocerse las cualidades de un vegetal, para que llegue á dictar la experiencia los casos en que conviene su justa administracion! ¡Cuántos hombres habrán perecido á la violencia de los drásticos, al poderoso influjo de los narcóticos, y á la destructora cautividad de los corrosivos, etc., ántes de haberse averiguado la dósis, la preparacion y demás circunstancias con que deben aplicarse los vegetales que suministran estas clases de medicinas! Es cierto que los mejores remedios los debemos á los incultos bárbaros, como lo prueban el *opio*, la *ipecacuana*, el *ruibarbo*, la *simarruba*, la *zarzaparrilla*, el *guayacan*, las *contrayerbas*, la *pereira brava*, el *sen*, la *cañafistula*, el *tamarindo*, el *acíbar*, la *asafétida*, el *alcanfor*, el *gálbano*, el *catecú*, con otros infinitos que se hallan en las materias médicas; pero lo es tambien que para administrar en el dia algunos otros con el debido acierto, ha sido preciso sufrir ántes los efectos de su cualidad virosa; y aun hasta el dia se recuerdan con dolor los estragos causados por el *cólchico* y la *catapucia*, por el *beleño*, *datura* y *bella-dona*, y por otros varios así purgantes, como los que inducen sueño, por haberlos dispensado la ignorancia ó la malicia. Es evidente, pues, que aunque nos sean útiles las drogas medicinales adquiridas por este medio, se consiguen siempre con perjuicio de la humanidad, verificándose en todos estos casos el muy trillado proverbio *experimentum periculosum*.

No está libre de iguales inconvenientes el empirismo, aunque tenga por otra parte sus ventajas: éste sólo cuida de aplicar los remedios aprobados por la experiencia, sin detenerse en averiguar el modo con que obran en el cuerpo humano: tal fué la primera medicina de los hombres destituidos de los conocimientos anatómicos, fisiológicos, patoló-

gicos, químicos y botánicos, extendiéndose hasta nuestra edad en aquellos pueblos en que por falta de cultura no ha podido establecerse la medicina dogmática y metódica. Aquella misma es también la que aun practican los médicos del imperio Chino, cuidándose muy poco de imponer nombres científicos á los vegetales que emplean para combatir sus dolencias, denominándolos únicamente con el de la enfermedad para que sirven. Es muy comun entre ellos decir, por ejemplo, la yerba del cólico, la yerba de la terciana, la yerba del tabardillo, la yerba del dolor de costado, etc., y hasta en sus oficinas y droguerías se señalan con el mismo nombre los botes y cajas en que conservan estos remedios para prescribirlos en infusiones ó en cocimientos á los acometidos de estos males. Así, no debe despreciarse en lo absoluto la medicina empírica, porque aprobando sólo los medicamentos útiles, y desechando los que por una constante observacion no han producido favorable efecto, conservan únicamente los simples más enérgicos, los que pasando despues á noticia del médico racional, enriquece su práctica con observaciones útiles, y reforma los defectos que no conoció el empírico.

Este mismo método observaron los mexicanos antiguos con las plantas que conocieron ventajosas para curar sus dolencias, de cuya verdad se satisface cualquiera que examina ligeramente la erudita obra del Dr. Hernandez. A cada instante se encuentran en ella nombres de vegetales que indican la enfermedad á que se aplican, conservándose hasta entre los mexicanos modernos el *cihuapatli*, el *palancapatli*, el *tlepatli*, el *nanahuapatli*, que significan por su orden, medicina de mujeres, medicina de llagas, medicina de fuego, medicina de bubos, con otras muchas que puede ver el curioso acabadas en la misma terminacion, y en las de *xihuitl*, *xochitl* y *quahuaitl*, denotando con ellas las *yerbas*, *flores* y *plantas leñosas* que dispensaban en las enfermedades anunciadas en las voces que precedian á dichas terminaciones.

Últimamente la medicina empírica ha sido comun á todas las edades y poblaciones del mundo, y en todos tiempos han impuesto los hombres á las plantas y á otros individuos de los demás reinos naturales los mismos nombres con que han distinguido las enfermedades que les han sido comunes; y así como en nuestra Península se conservan la *yerba de la alferecía*, la *yerba lombriguera*, la *yerba de la gota*, la *yerba de la rabia*, la *yerba berruguera*, etc., así también en Italia, en Francia, en Alemania, en Inglaterra y en los demás países de Europa han distinguido sus habitantes á muchos simples sacados del reino animal, vegetal y mineral con nombres parecidos en todo á los que dejo expresados.

Es, pues, evidente que el empirismo, hasta cierto término permitido, tiene su utilidad y por lo mismo dijo Wedelio con mucha razon en su teorema nono, que *todas las sectas médicas convienen con la empírica, y la reconocen por base fundamental*; pero debe callar el empírico luego que se presente el médico dogmático, á quien compete arreglar despues el remedio simple ó compuesto que la experiencia haya demostrado útil, valiéndose de los principios que enseña la medicina racional.

Lo mismo ha debido practicarse con la planta que me propongo ilustrar en este Discurso; porque hallándose dotada de las cualidades eminentes que luego explicaré, y habiendo sido puramente empírico el uso que hacian de ella algunos indios, ha sido preciso determinar con rigurosa crítica sus virtudes, aunque sus efectos correspondiesen ya uniformemente á la intencion de los que la administraban. De lo cual puede resultar á la humanidad el mismo beneficio que logra con las especies exóticas que tienen su virtud, y á nuestro comercio la ventaja de introducir en su giro un efecto que puede darle tantas ó mayores utilidades que la *jalapa*, el *mechoacan*, la *zarzaparrilla*, la *vainilla* y otros simples medicinales.

Esta es una especie de *Violeta* que crece con abundancia en los contornos de México, y es de las especies que tienen las flores derechas, las anteras libres, y la flor sin espolon: caracteres tan sobresalientes y diferentes de los que presentan otras muchas especies de este género, que tal vez convendría separarlas en dos, no solamente para la mayor facilidad de reconocer y distinguir cada uno, sino tambien porque hoy vemos que botánicos de mucho mérito han partido en dos géneros las especies que Linneo creyó debian conservarse en uno solamente: miéntras que algun botánico haga esta reforma útil, me contentaré con dar el siguiente carácter artificial para el género *viola*.

Cáliz de cinco hojuelas prendidas por la base ó más arriba de ella: corola irregular de cinco pétalos volteada ó derecha, con un nectario en forma de cuernecillo ó sin él en la base del pétalo superior: cinco estambres, un gérmen con un estilo, caja de una celdilla y de tres ventallas.

Con semejantes notas quedará bien distinguida la *Violeta* de los demás géneros comprendidos en su orden, y se disiparán las dudas que indispensablemente deben ocurrir en la determinacion de cualquiera de las especies anómalas.

La *Violeta* estrellada es de estas últimas, y para distinguirla entre las congéneres bastará hacerse cargo de la siguiente descripcion:

Produce la raíz central, muy poco ramosa, larga de un pié y del grueso de una pluma de escribir, con algunos anillos algo elevados, blanca exterior é interiormente, bastante carnosa respecto á su corto diámetro, y con una fibra leñosa que corre por todo el centro.

El tallo, compuesto de muchas ramitas débiles, á veces inclinadas ó tendidas sobre la tierra, y á veces derechas, rollizas, algo vellosas, del largo de dos piés ó más, si la planta crece en terrenos cultivados; y de tres ó cuatro pulgadas cuando nace en campos eriales ó en terreno estéril.

Las hojas opuestas, muy rara vez de tres en tres, alguna vez alternas en los sitios muy sombríos, alanceadas, enteras, ó con muy pocas y ligeras aserraduras, lisas, lampiñas, sentadas, de poco más de media pulgada de largo, y de dos á tres líneas en su mayor anchura.

Las estípulas lineares, la mitad más cortas que las hojas, puestas á su lado de dos en dos, de suerte que con ellas se compone un verticilo de seis hojas, cuatro pequeñas y dos más grandes.

Los cabillos axilares, de una sola flor, del largo de las estípulas, con una ó dos brácteas muy pequeñas cerca de la base, articulados en la parte superior, un poco más gruesos sobre la articulacion, y algo inclinados.

El cáliz aovado, de cinco hojuelas casi iguales, aovado-agudas, algo vellosas, y con un nervio que corre por medio de cada una, acercadas entre sí, ménos hácia la parte inferior, que en las flores más adelantadas se separan por sus bordes las dos inferiores, dejando descubierto al pétalo mayor en toda su longitud.

La corola irregular de cinco pétalos inversa, los dos superiores oblongos, acanalados, obtusos y escondidos dentro del cáliz; los dos laterales un poco oblicuos, del largo de las lacinias, y tambien algo acanalados; el inferior mayor que todos, ensanchado en la base, algo más angosto en su medio, con un canal más bien formado que en todos los otros, y vuelto á ensanchar en su ápice, redondeado y doblado: toda la flor llega apenas á línea y media, y los pétalos son de un blanco amarillento con un ligero tinte rosado en los ápices.

Los estambres son cinco filamentos muy cortos, con cinco anteras libres, esto es, separadas unas de otras, cubiertas exteriormente con una membrana más ancha y larga que las anteras y de color melado en la parte superior.

El pistilo tiene un gérmen de tres lados poco manifestos, el estilo es del largo de los pétalos menores, doblado en la base, más grueso en la parte superior y encorvado, con el estigma agudo, muy corto y horizontal.

La cápsula es de tres lados obtusos, de una celdilla y de tres ventallas consistentes, con todas las partes de la fructificación, que permanecen con ella hasta sazonzarse el fruto.

Las semillas son seis casi aovadas, prendidas de dos en dos por su parte más estrecha á cada una de las ventallas, lisas, lustrosas, duras y negras.

Habita en los campos eriales y cultivados de la Tlaxpana, de Tacubaya y Tacuba, en Coyoacan, San Angel, San Agustin de las Cuevas, y en otras muchas partes. Florece casi todo el año; y aunque parece el tallo algunas veces en los terrenos frios, es perenne en los jardines y en los sitios abrigados.

He dado esta descripción para que los principiantes y aficionados jamás confundan esta especie con otra de su género; pero como al botánico le bastan ciertos caracteres más abreviados para discernir las que se sujetan á su exámen, quedará arreglada su diferencia específica diciendo:

Violeta (estrellada) con hojas opuestas, alanceadas, enteras ó aserradas y sin pezon: *estípulas lineares, de cuatro en cuatro: cabillos axilares y de una flor.*

Nadie de los instruidos en la historia de los vegetales ignora las dudas que ocurrieron á los botánicos de Europa cuando quisieron determinar el género á que correspondia la Ipecacuana del Brasil. El célebre Ray en su Historia de plantas la creyó especie del género *Paris*; Plukenetio en el *Almagestum botanicum* la tuvo por *Peryclimenum*; Morison fué del mismo sentir, pues la pone por una especie de *Lonicera*, que es el mismo *Peryclimenum*; Linneo la colocó algun tiempo entre las *Euforbias*; pero ignoro quién ha sido el botánico que le comunicó esta noticia. Barrere fué el primero que la determinó por violeta llamándola *viola grandiflora veronicae folio villosa*: de esta opinion fué tambien *Allamand*, profesor de cirugía y botánica, que despues de varios viajes que hizo á *Surinam*, la determinó por Violeta, y comunicó á Linneo el hallazgo. Vandeli, profesor de Historia natural en Lisboa, hizo de ella un género nuevo llamándola *Pombalia ipecacuana*; y Linneo la redujo despues al de *Viola*, conservándole el mismo nombre trivial. Por último, Daniel Wickman, profesor de medicina, sostuvo igual opinion en el discurso que leyó en Upsal el 16 de Diciembre de 1774, el cual se insertó despues en el octavo tomo del *Amanitates Academicæ* con el título de *Viola ipecacuana*; pero todas estas opiniones quedaron destruidas luego que el diligentísimo botánico *Don José Celestino Mutis* participó á Linneo que la legítima Ipecacuana correspondia al género *Psycotria*, y con este nombre la publicó despues su hijo en el suplemento llamándola *Psycotria emetica*. Creo que todos los botánicos están decididos al presente en favor de esta opinion; y aunque el citado Wickman sospecha que la Ipecacuana de Pison, la *Viola* de Barrere, y la *Duragoga* que describe Linneo en el *Hortus cliffortianus*, pueden ser una misma especie, no puede tener ningun lugar la conjetura, despues de la descripción dada por nuestro Mutis, la cual conviene más bien con lo que dejaron escrito Marggrave y Pison en la Historia de plantas del Brasil, pues uno y otro le atribuyen un fruto de baya, siendo una cajita el de las violetas. Todo lo dicho interesaria poco en el presente Discurso, si no reflexionáramos que algunas especies del género *Viola* han corrido en el comercio y en la medicina por verdaderas ipecacuanas, correspondiendo sus efectos á la intencion de los profesores que las han dispensado; y supuesto que entre las especies congéneres suele haber algunas dotadas de mayores virtudes que se manifiestan por el olor y el sabor, tendríamos por más enérgicas aquéllas que se acerquen más á la especie oficial, así

en estas cualidades como en los efectos; y esto es lo que sucede puntualmente con la Ipecacuana criolla, que este es el nombre con que se conoce en el vulgo, desde que bien observada su eficacia en el hospital general de San Andrés, la hice reconocer á los herbolarios para que la colectaran y vendiesen á los boticarios de México.

Es de presumir que la Ipecacuana blanca que se ha usado en la medicina provenga de alguna especie nueva ó conocida del género *Viola*. Yo no he tenido ocasion de observarla nunca, porque cuanta ha corrido por mi mano ha sido de la parda correspondiente al género *Psycotria*; pero si no es la *Pombalia* de Vandeli, como sospechan algunos, ni la *Viola parviflora* de Mutis, que asegura ser muy parecida á la verdadera Ipecacuana, así en la forma como en las virtudes, ni finalmente la violeta estrellada de estos contornos, que sin duda es tan eficaz como cualquiera de las expresadas, podemos á lo ménos sustituirla sin reparo en todos aquellos casos en que esté indicada la *Psycotria emetica*, supuesto que los efectos son con corta diferencia los mismos, y que los resultados han sido siempre favorables.

El acaso, fecundo manantial de toda clase de descubrimientos, fué tambien el que proporcionó el hallazgo de esta apreciable especie. Recorriendo un día los sembrados que hay en la Tlaxpana, en frente del Acueducto de Chapultepec, observé algunas matas de ella; y habiendo encontrado alguna dificultad en determinar el género por la pequeñez de sus flores, y por ser la primera especie anómala que examinaba, cogí una mata de las más cargadas de flores y frutos para inspeccionarla en mi estudio con más prolijidad y cuidado: el terreno en que había nacido era arenisco y flojo y salió con todas las raíces; la figura de éstas me sorprendió desde luego, por ser enteramente conformes á las de la Ipecacuana oficial, pero se aumentó mi sorpresa cuando habiéndola gustado, la hallé semejante en todo á la misma Ipecacuana: esta observacion me excitó desde luego la idea de las Violetas, y creí haber encontrado la *Pombalia* de Vandeli, ó *Viola ipecacuana* de Linneo; pero examinados sus caractéres, conocí que era diversa de ella y de la *Viola parviflora* descubierta por Mutis en el reino de Santa Fe; y así, le puse el nombre de *Viola verticillata* por la disposicion de sus hojas y estípulas explicadas en la descripcion.

Recogí cantidad competente de las raíces, las hice secar y reducir á polvo, en cuya última operacion se notaron unos efectos análogos á los que produce la verdadera Ipecacuana cuando se pulveriza; éstos son excitar violentos estornudos, promover la tos, inflamar las fauces con el polvo que se introduce por la boca, etc., y así, se hace preciso el molerla con las mismas precauciones que aquella. Con semejantes datos no dudé un momento en dispensarla por la Ipecacuana en la primera ocasion que se ofreciese: se administró en la dosis de un escrúpulo, y surtió el efecto que se deseaba; se repitió por muchas veces la misma diligencia, y las resultas fueron siempre favorables, y desde aquel tiempo se ha continuado su uso con feliz suceso dentro y fuera del hospital, surtiéndose todas las boticas de la misma droga; y habiéndola remitido en cantidades grandes fuera del reino con el motivo de faltar en estas oficinas la Ipecacuana de Cartagena de Indias, no ha tenido demérito su virtud, y ha llenado las ideas de los que la han prescrito.

Ya hacia seis años que corría con crédito la Ipecacuana criolla, cuando se presentó en México José Cataño, natural de la Puebla de los Ángeles, con el secreto de curar el gálico, empleando á este fin dos raíces que le dió á conocer una acreditada curandera de la Huasteca: examiné de órden superior dichas raíces, una de las cuales era la zarzaparrilla, y la otra la Ipecacuana criolla, á que Cataño daba el nombre de xochipitzahoc (que en méxicano quiere decir flor pequeña), con que era conocida entre los indios. El secreto era un método sudorífico, que se reducía á hacer un largo y continuo uso del

cocimiento de la Zarza y de su pulpa pulverizada, y propinada en grandes dosis por espacio de nueve ú once dias que duraban los sudores: al fin de ellos, ó en el intermedio, si habia necesidad, se administraban dos dracmas del *xochipitzahoac* en polvo, y tres de la pulpa de Zarzaparrilla, disuelto todo con un terron de azúcar en ocho onzas del cocimiento de dicha Zarza, é incorporado al fuego hasta que principiaba á hervir, cuya posicion se repetia algunas veces, si era conveniente.

Esta crecida dosis de Ipecacuana perdía su virtud emética mezclada con el mucílago de la Zarzaparrilla, y se convertia en un poderoso y benigno catártico. Si la primera tanda de sudores con los purgantes necesarios no destruían el vírus y quedaban algunas reliquias de él, se dejaba descansar al enfermo algunos dias, y se volvian á repetir de nuevo en la misma forma. Con este método se curaron muchos enfermos de notable gravedad; los reumáticos, los hidrópicos, y otros varios en que el vírus sifilítico habia hecho grandes progresos, y presentaban síntomas del mayor cuidado, ó se restablecieron completamente ó sintieron considerable alivio; y no dudo que puesto en manos de un médico prudente, podrá usar de él con mucho provecho en muchas ocasiones.

Omito aquí otras circunstancias que se juzgan indispensables en el tratamiento de los enfermos que se sujetan á este método, pues basta conocer el remedio, para que los profesores instruidos lo administren con las precauciones convenientes, modificándolo y reformándolo en todas sus partes; y así concluiré este Discurso con las virtudes que se tienen bien determinadas en varias especies de Violetas, para que en su consecuencia pueda formarse juicio de las que residen en nuestra Ipecacuana.

En las materias médicas se encuentran hasta ahora cuatro especies officinales, que son: 1º la *Violeta de olor*: 2º la de tres colores llamada vulgarmente trinitaria y pensamientos: 3º la que tiene el nombre de Ipecacuana: y 4º la de flor pequeña del Dr. Mutis; las dos primeras corresponden á las Violetas propiamente tales, y las dos segundas á las anómalas.

Las hojas de la Violeta de olor *Viola odorata Linn.*, se tienen por emolientes y refrigerantes; las flores frescas, por anodinas y nervinas; las semillas por diuréticas y vomitivas, tomándolas en cantidad de media dracma tres ó cuatro veces al dia; y la infusion de dos ó tres dracmas en una libra de agua hirviendo, se estima muy ventajosa en el cálculo y en las arenas de los riñones.

La Violeta de tres colores, *Viola tricolor Linn.*, es un laxante eficaz y agradable, segun el ilustre Bergio, tomando cada dos horas cuatro onzas de infusion de la yerba reciente y hecha con onza y media machacada en doce onzas de agua hirviendo y colada despues de una hora. Añade este autor, que conserva su virtud despues de seca, pero que se debe aumentar la dosis: observó tambien que obraba en algunos como emética, y la recomienda sobre otros purgantes en los casos en que conviene hacer uso de los catárticos mucilaginosos. El Dr. Stark, médico suizo, expuso en una disertacion médica las ventajas que habia conseguido con la infusion de una dracma de la hierba fresca, y mejor todavía de las flores para exterminar sin malas resultas la crusta láctea de los niños, cuya circunstancia hace apreciable por este solo hecho á una planta que crece en todas partes, y que solo cultivamos por recreo.

La Violeta Ipecacuana, *Viola ipecacuana Linn.*, se administra como emética en cantidad de un eserúpulo hasta dos en los adultos, asociándola muchas veces con un grano de tártaro emético. En los niños bastan cinco ó seis granos para hacerlos vomitar. Cura la disenteria originada de la saburra del ventrículo, evacuando este material por vómito, y aumentando el movimiento peristáltico de los intestinos. Las diarreas inveteradas han

cedido tambien en muchas ocasiones tomando tres granos mezclados con media dracma de azúcar tres veces al dia. Cocida la raíz por mucho tiempo pierde la virtud emética, y se vuelve purgante, diurética, sudorífica y antihelmíntica.

La Violeta de flor pequeña, *Viola parviflora Supplem.*, no se ha introducido todavía en las oficinas; pero asegurando el Dr. Mutis que se parece mucho en la forma y en las virtudes á la verdadera Ipecacuana, debemos creer que experimentó sus cualidades y que son efectivas sus virtudes.

Todo esto y mucho más debemos esperar de la Violeta estrellada; prueban su virtud incidente, tónica, diurética y sudorífica y el sabor amargo, acre y nauseoso de que está dotada: la experiencia ha confirmado siempre su eficacia con favorables efectos, y no dudo que administrada prudentemente y con las indicaciones debidas, no echarán de ménos los buenos prácticos la Ipecacuana del Brasil ni la de Cartagena, y que tendrán en ésta un auxilio tan poderoso como en aquella para curar las disenterias y las diarreas, para limpiar el ventrículo de la perniciosa saburra, para extirpar las lombrices, para promover los menstruos suprimidos, y finalmente para aplicarla exteriormente con feliz éxito en las úlceras, en las fistulas y en otros afectos locales en que se tiene por singular remedio la verdadera Ipecacuana.

Solo resta prevenir á los farmacéuticos, que para reponer esta planta con toda su virtud se deben elegir las raíces más gruesas y mejor nutridas, secarlas prontamente al sol, ó en un sitio privado de toda humedad, conservándola despues en cajas bien cerradas, y en un lugar seco. Cuando se pulverice se tendrá cuidado de separar la parte pulposa de las fibras intermedias, que no tienen virtud, y guardar el polvo en frascos de cristal bien tapados.

(Tomado de los *Anales de Ciencias Naturales*, tomo VI, publicado el año de 1803.)

